

ron culturales; algunas de las libertades de las que ahora disfrutamos, en particular en la ciudad de México, son producto de las luchas de esta izquierda, por ejemplo, la elección de los gobernantes en el D. F., el reconocimiento de los derechos de las minorías y la despenalización del aborto.

A la izquierda utópica lo único que le ofrece es su condescendencia. La identifica con los militantes abnegados —los que sí creen en la causa— y no con una corriente histórica. De haberlo hecho así, tal vez habría podido brindar un cuadro más complejo de la izquierda indigenista, más allá de decir que reedita el culto a la violencia y convierte en bandera particularismos que le parecen anacrónicos y ajenos al universalismo progresista. En este punto, cabe señalar que la reivindicación del indígena no la introdujo el zapatismo en el discurso de la izquierda, esta surge del socialismo mexicano decimonónico, así como la puesta en práctica de gobiernos locales —al margen de la autoridad estatal— proviene del comunismo. Por otra parte, el multiculturalismo que el autor observa subyacente en el zapatismo y el cual explícitamente rechaza, también posee un fundamento universalista.

Las últimas secciones del libro las dedica a mostrar a la izquierda mexicana a contracorriente de la historia que Aguilar Camín lee en la clave del progreso. Súbitamente el marco nacional cede el lugar al orden planetario para presentar los dos modelos de socialismo: el soviético y la socialdemocracia. Argumenta que las políticas de izquierda no han sino socializado la pobreza (el extinto campo socialista), y la única manera de acabar con ella es generando riqueza, para lo que las políticas de la derecha han probado ser más eficaces (Europa occidental, Estados Unidos).

Para apresurar la conclusión, el autor no se detiene ni siquiera un momento a contarnos que el socialismo realmente existente cobró vida en la periferia atrasada del sistema mundial, mientras los países centrales se desarrollaban considerablemente por la vía de la intervención estatal en la economía. Tampoco habla de la magnitud alcanzada por la desigualdad social en estos después del desmantelamiento del Estado de bienestar. Plantea además que el utilitarismo benthamiano ha producido “los mayores niveles de igualdad que haya conocido la historia” (p. 57). ¿Podría demostrar seriamente que los países anglosajones, guiados por aquel, tienen una mejor distribución del ingreso que Alemania, Francia o los países nórdicos? Pero, como en lugar de explicar prefiere recomendar, acaba uno de los capítulos finales con una sentencia: “de la combinación de un capitalismo moderno y un Estado con políticas sociales que redistribuyan el ingreso, puede salir lo que buscan México y América Latina: países prósperos, democráticos y equitativos” (p. 62).

Carlos Illades  
UAM-CUAJIMALPA

Mirreill Radoi (coord.), *My USA. Views on American National Security and Foreign Policy*, Tritonic, Bucarest, 2007, 184 pp.

La política exterior estadounidense y la forma en que afecta a los habitantes del resto del mundo son centro de interés del grupo de investigadores que tomaron la tarea de escribir *My USA*. El tamaño que el análisis de estas cuestiones significa supera, sin lugar a dudas, la extensión de

este libro, el cual no puede más que ser una selección de los asuntos que se ven afectados de manera positiva o negativa por la intervención de Estados Unidos. La pregunta sobre cuáles son los límites a los intereses actuales de este país lo hace aún más interesante. Por el contenido del texto pareciera como si esos límites no existiesen y el mundo entero estuviera dentro. Sin embargo, los coordinadores hacen una recopilación, un poco laxa si se quiere, de temas que ejemplifican el asunto.

Los autores Mario Arroyo, Swati Parashar, Mireille Radoi y Vera Rihackova abordan la manera en la que Estados Unidos influye en el desarrollo de entidades locales, nacionales y supranacionales, con resultados variopintos. En el primer caso, Arroyo, mexicano, señala un cambio en la forma en que los estadounidenses se relacionaron con su país a partir del 11 de septiembre de 2001, esto es, en el pleno de las expectativas puestas en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). México había emprendido el camino para convertirse no en socio mercantil, sino en llave de entrada al vecino del norte, llave que podría ser –a juicio de Washington– muy bien utilizada por terroristas. Sin embargo, a decir del autor, esta valoración debería ser estudiada desde otra perspectiva, una en que los mexicanos no se muestren, en modo alguno, como objetos pasivos de las políticas decididas en el otro lado (pp. 20-21).

El siguiente trabajo lo desarrolla la hindú Parashar para el sur de Asia; acota una zona geopolítica inmersa en un mundo de transformaciones, que parecería una segunda versión de la India en 1947, con los problemas que implicó dividirse en dos países: la India y Pakistán, y más cuando ambos se declararon aliados de

Estados Unidos. Los dos son países en franca competencia, que se complica pues ambos disponen de arsenales nucleares (pp. 44-49). La zona cuenta además con otro elemento alterador además del estadounidense, que es la cercanía del coloso chino, con su presencia capaz de modificar todo equilibrio local. No es sólo lo neoeconómico lo que da gran valor a la región, sino también la vuelta al *Great Game* del siglo XIX (cuando ingleses y rusos, además del propio Estados Unidos, competían por el centro de Asia), desemeñado en esta ocasión por rusos, chinos y estadounidenses interesados en las reservas de gas natural que los últimos precisan para planificar su seguridad económica.

En contraparte, la rumana Radoi escribe sobre cómo los rumanos transformaron su visión sobre Estados Unidos, al punto de volverse fervientes seguidores de las políticas de este país, postura compartida con las otras naciones con las que convivieron en la misma área de influencia soviética en Europa. Esta nueva inclinación queda demostrada por el interés exhibido por Rumania para ingresar a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Algo más dramático es el empleo de soldados rumanos en los frentes de Irak y Afganistán. Radoi no deja de preguntarse si los estadounidenses pueden ver a Rumania nada más como un aliado militar o si la relación puede llegar más lejos. La autora responde literalmente al vender a su país como un importante socio comercial que abre las puertas a la inversión en antiguas industrias estratégicas (pp. 68-70).

Un análisis paralelo es el de la checa Vera Rihackova quien, planteando elementos comunes, aunque naturalmente más interesada en su país, explora el peso

que Estados Unidos va adquiriendo a la hora de establecer nuevos vínculos con las naciones emergentes del bloque socialista. El papel que allí representa la gran potencia es el de elemento que equilibra el posible predominio de las elites checas sobre los Estados cercanos. Lo paradójico es que son elites las más deseosas de la integración de la República Checa a la OTAN, lo que las tornaría en colaboradoras de sus detractores, o por lo menos buscarían el desplazamiento del poder, de nueva cuenta, a sus manos.

Otro tipo de análisis es el que se hace a partir del estudio de cómo los cambios internacionales implican un cambio en la manera en que los estadounidenses ven a sí mismos y en cómo asumen que deben de actuar frente al mundo. De esto tratan los trabajos de Erica Almeida (Brasil), John Simon Rofe (Inglaterra) y Dragan Sivojinovic (Serbia). Para un historiador es de particular interés el texto desarrollado por Sivojinovic, quien expone la forma en que surgió el Consejo de Seguridad Nacional (CSN), los fines que ha perseguido y sus perspectivas a futuro. Apoyado en la comparación de 23 administraciones del CSN entre 1947 y el 2005, y en las modificaciones en la estructura y los objetivos de la institución, el autor descubre un patrón de cambio en el tiempo y el nexa que existe entre el proceder de sus directores y las relaciones con el exterior (pp. 146-154).

No menos interesante es el abordaje que Erica Almeida da sobre el cambio del discurso de Estados Unidos sobre la contención por el de la prevención y la dificultad que encuentran para tener el papel dominante en el mundo unipolar. El análisis enmarca el problema de cómo la potencia única se enfrenta al reto de carecer

de una contraparte y cómo consigue defender, en la medida de lo posible, la práctica de actos *preventivos* en beneficio de la seguridad interna. ¿Qué tan legítimo es actuar antes de que sucedan las cosas? Es la gran pregunta que la autora se plantea y que resuelve mediante el empleo de la comparación, viendo de nuevo los grandes hitos del desarrollo histórico de ese país. Con todo, resulta curioso que un evento que pudo haberle servido, como es la justificación esgrimida por los alemanes para invadir Polonia en el inicio de la segunda guerra mundial (acaso el ejemplo más conocido de la guerra preventiva) haya quedado fuera de su análisis.

Finalmente, el capítulo de John Simon Rofe, posiblemente el más prometedor y, por lo mismo, el más estacionante, muestra la forma en que los estadounidenses se han apropiado de la identidad de nación guerrera. El artículo, bastante escueto, compara algunas medidas puestas en práctica por el gobierno de George W. Bush con otras actuaciones ejecutivas de la nación, siendo el resultado una apología de los presidentes del pasado, que olvida errores y procedimientos ilegítimos de otras administraciones. A la postre, el grueso del texto no es más que un resumen del libro *The American Way of War* de Russel Weigley (pp. 127-133).

*My USA* permite ver cómo los márgenes de la geopolítica de Estados Unidos se han ampliado y los límites de su influencia parecieran no existir, si bien sí existen. La poca atención que los autores prestan a los países que representan una oposición para ese país constituye una grave falla del libro. El barajar las ideas de los mundos unipolar y multipolar, sin atreverse a ofrecer una definición clara de cada uno, es otra falla. Además, al igual

que en otras obras de compilación, la convivencia de artículos tan distintos no deja de ser una suerte de rompecabezas en la que escritores de diferentes latitudes pueden tachar el papel de Estados Unidos de benéfico o negativo o intervencionista o laxo, o cualquier otra cosa.

Sin embargo, es muy positivo el esfuerzo hecho para recopilar informaciones tan disímiles. El trabajo es claramente un hijo del mundo en el que vivimos en la actualidad, en el que se puede ver grandes sucesos de las relaciones internacionales contemporáneas, como la caída de la URSS y los atentados del 11 de septiem-

bre, que marcaron la forma en que los estadounidenses habrían de convivir con la humanidad, pero también los intereses que iban a defender en el futuro. Algunos, como muestra Arroyo, serían víctimas de los cambios, otros, como dicen Radoi o Rihackova, podrían beneficiarse del proceso. El que nunca podrá ser otra vez igual es el propio Estados Unidos, provocador y víctima de la permanente transformación del orbe.

Eduardo Mújica López  
INSTITUTO MORA